

ESTUDIO PRELIMINAR

1. DEL CONTENIDO DEL «LIBRO XVII» Y DEL «LIBRO XVIII» DE LOS *COMENTARIOS DE ERUDICIÓN*

1.1. «Libro XVII». De la vida universitaria salmantina

Como no puede ser de otra manera, no es posible tratar de estos dos libros sin remitirnos a la introducción general publicada en el tomo primero, dedicado al «Libro XVI» de estos *Comentarios*, donde se describía toda la obra de forma sucinta¹. En efecto, ese primer tomo contiene el primero de los cinco libros que comprende en volumen IV de los *Comentarios de erudición*, único que ha llegado a nosotros de los ocho que escribió el maestro, con los que pretendía recopilar su obra completa. Dicho libro primero se dedica, especialmente, a la traducción de las *Odas* de Horacio (libro tercero), pero acompaña a dicha traducción fragmentos de variada erudición (los derechos de Castilla sobre Portugal, por ejemplo, cuando Laminio, el protagonista de estos *Comentarios*, camina hacia Lisboa) con anécdotas y relatos verídicos de sucesos puntuales ocurridos en su tiempo, como el del padre que quiso casar a su hijo con una mujer para heredarla. Esa tónica se va a respetar en el resto de los libros que componen este tomo (libros XVII y XVIII): una narración itinerante por España en la que Laminio (alter ego del propio Patón) va refiriendo la historia y las características de los lugares por donde pasa (Salamanca, Galicia, León, Burgos), mezclada con aportaciones de sesuda erudición sobre cuestiones y autores diversos (Marcial, Juvenal, Jeremías, Isócrates, Varrón, el Concilio de Trento, etc.) y con relatos de

¹ BOSCH, GARAU, MADROÑAL, MONTEERRUBIO, 2010.

más o menos actualidad (la mujer que mató al marido inducida por su amante) y cuestiones pintorescas varias (la existencia de demonios y sus clases, los libros que ha escrito un amigo, es decir el propio Patón, o cuándo y por qué tuvieron principio las novatadas o los vejámenes en las universidades, por ejemplo). Todo ello pretende constituir un conjunto variado de amena erudición con que entretener a sus lectores.

En ese lugar se daba la indicación de que el «Libro XVII» se dedica a la ciudad de Salamanca, lo que es lo mismo que decir que se dedica a la universidad en que se graduó Patón como maestro. Es un libro dedicado a la sabiduría, que en determinado momento se aparece en sueños a los protagonistas de estos *Comentarios*, en particular a Laminio, es decir, el propio Patón.

El autor, que se había formado en Baeza primero y se graduó como maestro en la ciudad del Tormes, donde seguramente conoció y siguió las enseñanzas del Brocense, al que no tuvo empacho en traducir encubiertamente en esa obrita del almedinense que a la postre quedó inédita, el *Instrumento necesario para adquirir todas las ciencias y artes*, es decir, un manual de Dialéctica, basado principalmente en el *Organum dialecticum* del de las Brozas².

Patón reconoce la primacía de dicha universidad y la pone por delante de cualquier otra, no solo española, sino de cualquier parte del mundo. Los nombres de la Antigüedad clásica, proclama el maestro, no hubiesen tenido necesidad de acudir a ningún lugar porque en Salamanca se concentra el saber en todas las disciplinas, desde los Derechos a la Medicina, pasando por las Artes (es decir, las letras humanas) hasta alcanzar la primera de todas las disciplinas, la Teología.

Es un libro dedicado a la enseñanza, tanto en lo que se refiere a los que imparten dicha enseñanza, los maestros, como a los que la reciben, los estudiantes, a los que se dan consejos particulares al final del libro, en la famosa carta de Isócrates a Demónico, seguida de algunos avisos de Varrón. Ambos escritos se reproducirán después en una obra posterior del maestro de Villanueva, titulada *El virtuoso discreto*, que quedó inédita hasta nuestros días³.

Así pues, es un libro en que domina todo lo que tiene que ver con lo académico de las escuelas universitarias salmantinas, de ahí que se recojan escritos que explican qué significan los grados universitarios y cuándo se instituyeron, las vayas o burlas a los novatos, los vejámenes que se dan a los que obtienen la mayor categoría académica (maestros o doctores) o por qué en dichas escuelas se había escogido como patrono a san Lucas. Todo se explica de forma razonada, aunque las razones sean a veces un puro disparate (como que el primer vejaminado fue Adán).

² MADROÑAL, 2009.

³ GARAU, BOSCH, 2014.

A ello hay que añadir otros escritos que aparecen en el mismo libro como la prelección que hace sobre Marcial uno de los catedráticos o una erudita elucubración sobre la usura, tema candente en el siglo xvii. Tienen lugar en este momento, porque las diferentes facultades universitarias (Artes, Derecho) reúnen a los especialistas, capaces de explicar estos asuntos.

Pero este libro contiene más cosas: se abre con un preámbulo dedicado a la fama, para llegar inmediatamente a la sabiduría, «un cuidado y un deseo de alcanzar las cosas que se inoran» y la sabiduría tiene como principal morada la ciudad de Salamanca, por la presencia en ella de sus famosas Escuelas, es decir, la universidad. Por eso mismo, Laminio tiene una visión de la sabiduría, a través de la *Consolación* de Boecio, y con el filósofo, la del poeta italiano Dante. Como señala Carmen Bosch⁴, Laminio llega a la universidad justo en el día de su patrón, san Lucas, cuando se celebra una grandiosa fiesta, en la que un célebre orador pronuncia una oración latina para inaugurar el curso. Patón traduce dicha oración «por la ínclita Academia de Salamanca». Dicha oración, sin duda pronunciada por un profesor salmantino, la guardaría el propio Patón, de ahí que se permita traducirla al pie de la letra. Le viene muy bien para sus propósitos, por cuanto da cuenta de la fundación de la universidad y de la propia ciudad, que describe como tierra fértil no solo en lo referido a la naturaleza de su entorno, también por la cantidad de hombres sabios e ilustres que produce. Alaba todas y cada una de las facultades, y también la selección de estudiantes, por cuanto la universidad se desprende de los que no sirven y corrompen a los demás. Se detiene particularmente en algunos nombres, como Nebrija, el Broncense, el Tostado o santo Tomás de Villanueva, santo de la devoción del propio maestro de Villanueva de los Infantes. De forma que la oración termina con una invocación a la Virgen para que continúe amparando los estudios.

Patón alude al inicio de curso el día siguiente y cómo un catedrático se proponía explicar a Jeremías en la Facultad de Teología, pero los estudiantes le pidieron que primero aclarara cuestiones mucho más cotidianas, como por qué se había escogido a san Lucas como patrono, o cuándo empezaron los vejámenes, las vayas a novatos y los grados que dispensaba la universidad. Y a todo respondió con suficiencia el tal catedrático, dando noticia de las múltiples capacidades de san Lucas en muy diversas ciencias, lo que le convertía en un patrono idóneo. Ello le permite a Patón dar noticias bien curiosas sobre ese ejercicio universitario que se llamó vejamen de grado⁵, que el autor retrotrae hasta los egipcios, que en Salamanca lo dan cuatro «a quien llaman gallos»; en Alcalá, un doctor graduado y en otras partes un truhan, que lee un texto de autor ajeno. Algunos de estos

⁴ BOSCH, 2010.

⁵ MADROÑAL, 2005.

gallos salmantinos se nos han conservado⁶ y también otros de Alcalá y otros lugares⁷, lo cual da idea de la veracidad de las palabras del maestro. Lo mismo hace con las vayas y matracas (novatadas de su tiempo), a las que también busca orígenes antiguos, y, por último, con los grados, cuyo principio sitúa en la Universidad de París. Termina explicando el color de las borlas y capirotos de las diferentes facultades.

Acto seguido, el catedrático explica la «Primera lamentación» de Jeremías, que como señala Bosch⁸, está emparentada con las *Lamentaciones* de Jeremías de su amigo don Francisco de Quevedo. Las *Lamentaciones* o versos élegos se cantan en los días de la Pasión, y las de Patón en particular siguen a san Jerónimo para no apartarse de la ortodoxia⁹. Como bien precisa el maestro, los Trens traducen las letras del alfabeto y Patón recuerda que Pedro Ambrosio de Ondériz, cosmógrafo de Felipe II, acaso paisano del maestro de Almedina, había escrito unas canciones en verso sobre las nueve primeras letras, que circulaban manuscritas o impresas. Laminio, es decir, Patón, completa dicha traducción con la versificación de las canciones que corresponden a las letras restantes, hasta completar «el abecé de las *Lamentaciones* de Jeremías en nuestro *Comentarios de erudición*» (*Declaración preámbula del salmo 118*¹⁰). ¿Qué afán, se pregunta Bosch¹¹, pudo mover a Patón para versificar la obra de Jeremías? No podemos dar una respuesta inequívoca, pero entendemos que va en la dirección de mostrar la capacidad y el magisterio en todas las artes.

Inmediatamente después de las *Lamentaciones* versificadas viene otra lección de un catedrático (se entiende ahora que en Derecho Canónico) sobre los concilios en general y el de Trento en particular. Empieza hablando de los diferentes tipos de concilios, su origen, etc., para llegar hasta el de Trento, que explica tuvo su desarrollo entre 1545 y 1563. El catedrático declara el concilio, que está escrito en latín, y esto le sirve al maestro Patón para despotricar contra aquellos que no entienden la lengua de cultura de la época, introduciendo alguna anécdota concreta sobre dos clérigos que disputaban sobre un texto latino, cuando uno de ellos no entendía prácticamente nada de esa lengua. No en vano, estos *Comentarios* se guían por la variedad y la amenidad, como también se ha señalado¹².

⁶ EGIDO, 1984.

⁷ MADROÑAL, 2005.

⁸ BOSCH, 2011, p. 231.

⁹ *Ibid.*, p. 235.

¹⁰ 1633, f. 7.

¹¹ BOSCH, 2011, p. 239.

¹² BOSCH, 2011.

Del concilio pasamos a una declaración de Marcial, como las que Patón había ido divulgando hacia 1627-1628¹³. Patón hace primero una prelección sobre el poeta hispano y sus epigramas; pero la que le ocupa ahora es un epigrama del libro primero en alabanza de Deciano. Para el maestro, Marcial es un digno representante del genio español, aunque se expresara en latín y subraya que el de Calatayud «en el jugar de vocablos a la española fue particular», y sigue, «y aun hasta en los pensamientos y socarronerías usó de donaire gracioso muy a lo español», como si se tratara de su amigo, don Francisco de Quevedo, padre del conceptismo literario. Laminio se presenta al catedrático para agradecerle la lección y, de paso, le traduce un poema de Pincio, también comentarista de Marcial. Después llegan a una posada, donde encuentran a unos estudiantes de un pueblecito de las riberas del Duero, que cuentan el caso curioso y terrible de una mujer amancebada que fue capaz de dar muerte a su marido y a su amante a la misma vez, ahogándolos en el río. Suceso acaso histórico que da pie a Patón para hablar de las malas costumbres de las mujeres, y le permite poner, en boca de Jacinto, una traducción de Menandro y otra de Anacreonte en la de Laminio.

A continuación, le toca el turno a un teólogo que habla de la licitud de los censos, en un discurso que afecta tanto al Derecho como a la Teología, por cuanto tiene que ver tanto con la caridad cristiana como con la usura o los préstamos con interés. Un asunto candente en la España de la época, que tal vez se puede relacionar con el patoniano *Discurso de la tasa del pan*, también contenido en estos *Comentarios*.

Laminio quiere abandonar Salamanca a principios de la Cuaresma para ir a Sevilla, pero antes deja traducida una obrita del griego, los *Avisos de Isócrates a Demónico*, que incluye después en una obra suya que quedó inédita, *El virtuoso discreto*¹⁴. Esta obrita y los *Avisos* en particular se dirige a los más jóvenes, «siendo la edad de los mozos de suyo inclinada a los deleites», estos avisos pretenden guiar al joven estudiante por la senda de la virtud, por medio de unos consejos «que miran a la salud del alma». Acompañan a estos *Avisos* unas sentencias de Varrón (pseuo Varrón) que van encaminadas en la misma dirección que las anteriores. Gentiles sentencias, como dice el maestro, pero muy «acristianadas», según su costumbre. Termina la carta y el presente libro con unos versos de la *Historia natural* de Lucrecio y con otros de *De Salvatore*, de Claudiano, que encarecen especialmente seguir la senda trazada por Cristo.

En definitiva, un libro dedicado a la enseñanza y que muestra el camino de la sabiduría para un estudiante cristiano, como cualquiera de los estudiantes que el maestro Patón tenía en su estudio de Villanueva de los Infantes.

¹³ BEARDSLEY, 1978.

¹⁴ GARAU, BOSCH, 2014.

1.2. «Libro XVIII». Miscelánea de saberes

A pesar de lo que dice el final del «Libro XVII», el «Libro XVIII» nos presenta a Laminio camino de Galicia, y en una posada se encuentra con unos estudiantes que van a cumplir una promesa a Santiago. Como si se tratara de una obra del género corográfico, tan frecuente en la época, comienza Patón a referir los orígenes míticos, cuya cabeza sitúa en Teucro, hermano de Ayax Telamón, que se halló en la Guerra de Troya. Después se centra en la ciudad de Compostela, donde llegó el apóstol Santiago y donde fundó una suntuosa iglesia el rey don Alonso el Casto. Además de alabar la romería que se hace al santo, también da cuenta Laminio de las magníficas escuelas que existen en la ciudad, a las cuales acuden estudiantes de todas las naciones, y entre ellos un italiano que decía haber sido primero hembra y ahora se había transformado en varón; también recuerda el caso de una monja de Úbeda, monstruos de la naturaleza, en definitiva, a que tan frecuentemente aludían los escritores barrocos. Laminio refiere otros casos que ha leído en autores clásicos como Hipócrates o Aulo Gelio o más recientes como Amato Lusitano o Torquemada. Todo ello le da pie para elaborar una teoría sobre este asunto basada en autoridades clásicas, pero también señala cómo nunca ha ocurrido al revés: que los hombres se transformen en mujeres, aunque inciden en el hecho de la gran abundancia de afeminados, de lo cual —sigue— «se acordó un amigo nuestro en una invectiva que hizo contra guedejas y tufos», clara referencia al discurso del maestro Patón sobre los tufos, copetes y calvas, que no aparecería hasta el año 1639, aunque es evidente que estaba compuesto bastante tiempo atrás¹⁵.

Todo ello se presenta como un diálogo entre Laminio y el administrador del hospital de peregrinos de Santiago, que casualmente era un conocido suyo de su tierra. Como si se tratara de un diálogo de los muchos que se escriben en la España de los siglos XVI y XVII¹⁶, ambos interlocutores siguen hablando de cuestiones curiosas como la crítica de los «doctos de prólogos», es decir, de aquellos que no saben más que la parte externa de los libros; la diferente manera de contar la edad de los antiguos, lo que les lleva a un comentario sobre la inmortalidad y los viejos que se remozan, como aquella abadesa de casi cien años que se convirtió en una mujer que «desechó las rugas de la cara y le crecieron los pechos». Como ella, hay otros casos que se traen oportunamente a colación. Pero Laminio opina que sobre esto hay muchas ficciones y mentiras y pone como ejemplo lo que ocurre con la leyenda de don Enrique de Villena, «que, a no haber un amigo nuestro desengañado y enseñado lo cierto, echara más raíces

¹⁵ MADROÑAL, 2011.

¹⁶ GÓMEZ, 1988.

que las que habéis referido». Como en otras ocasiones, Patón se está refiriendo a don Francisco de Quevedo, y en concreto a su obra *El sueño de la muerte*, donde efectivamente deshace la creencia popular de que el marqués se hizo inmortal y se metió en una redoma, como si fuera otro Diablo Cojuelo.

Pero la inmortalidad no existe, parece decir el administrador, y recuerda el tópico del *ubi sunt?*, cuando pregunta dónde están ahora el Templo de Salomón o las monarquías de asirios, medos, persas o griegos. Ello le sirve a Patón para recordar el tópico del Barroco sobre el paso del tiempo y la llegada de la muerte, y también para recomendar una vida ordenada y de acuerdo con la moral cristiana. A ese propósito habla de la inflación producida por la entrada de moneda de vellón falsa en Málaga y otros puertos, lo cual no deja de ser un detalle de actualidad.

En ese momento, un caballero peregrino recuerda que los ejemplos de la Sagrada Escritura son mejores que los que se pueden encontrar en fábulas milisias, cuentos de viejas, transformaciones poéticas y libros de caballerías, como también se puede leer en Juvenal. Y a ese propósito Plácido recuerda que tiene traducida e ilustrada la sátira décima de este autor, que titula «Desengaño y freno para los deseos humanos». Una declaración similar a la que el maestro almedinense había hecho para la sátira sexta del mismo autor latino, que publicó en 1632 con el título de *Declaración magistral destes versos de Juvenal, sátira 6*¹⁷. A Patón le vienen muy bien dichas sátiras, porque como escribe a propósito de la décima, «con agudeza satirizando y con moral doctrina enseñando, censura los inorantes y locos deseos de los hombres». Y continúa: «este gentil nos enseña a los cristianos cómo las quejas de la fortuna son ociosas, pues no hay tal deidad, que todo es de Dios».

El texto de la traducción y comentario de Juvenal se nos ofrece como sacado de un cartapacio, con cuya lectura se termina la estancia en Galicia y los peregrinos salen para León. De la misma forma que en Galicia, empieza Patón con la noticia de la historia de la ciudad, que debía su nombre —según él— a la animosidad con que había peleado don Pelayo para recuperarla de los árabes, si bien alude también a las legiones romanas que vinieron a conquistar España en tiempos del emperador Nerva. Los peregrinos paran entonces en San Marcos y entretienen su ocio con conversaciones honestas y reparadoras del alma, pero un criado del convento refiere haberse topado por la noche, en unos valles lóbregos, con figuras como de negros agigantados, de los que solo les protegió el nombre de Jesús y la cruz de sus rosarios. Laminio habla entonces de la existencia de demonios, que podían tomar diferentes figuras, y sigue una conversación sobre los tipos de demonios, que Laminio había estudiado.

¹⁷ ROIG, 2018.